

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre* (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*El amor de la familia*, poesia, por D. Juan Gonzalez y Gonzalez.—*Deberes de la mujer*, (continuacion), por D. Eusebio Blasco.—*Una artista*, por Don José Muñoz Gaviria.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.—LÁMINA. *Una de labores*.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXIX.

CÉSAR Á VALENTINA.

Castillo de Montemar, setiembre de 18...

Que yo amo á V., Valentina, es cosa que no necesito decirle, así como tampoco que detesto y quiero romper el compromiso que me une á otra mujer: ella lo sabe, y por eso, sin duda, la aparta á V. de esta casa: pero no importa, el amor nos aproximará y burlaremos la mas esquisita vigilancia para vernos.

¿Por qué no quiere V. creer lo que le he dicho en estas últimas tardes, en nuestras entrevistas al lado de la fuente? Yo no he mentado jamás, y ahora no podria hacerlo aunque á ello estuviera acostumbrado!

¡No! ¡ahora habla mi corazon! mi corazon es el que le dice que, hasta que V. no ha venido ante mis ojos, él no sabia lo que era amar; que su admirable belleza le ha fascinado, y que sin V. ya no puedo vivir!

No me hable V. de mis amores con Clara: jamás la amé: hay en ella algo tan altivo, tan duro, que me causa una repulsion invencible: no comprendo á la mujer mas que dulce y suave como V.: el ruego es la sola cosa que me subyuga, y Clara no sabe rogar.

Valentina, yo iba ciego á andar mi destino  
Año I.—Núm. 37.

con el de una mujer á quien no amaba: ¡gracias por haberme salvado del precipicio!... ¡ah! ¡qué feliz seria si pudiera unir mi suerte á la de V.! ¡cómo embelleceria su frente una corona de marquesa! Estos pensamientos me ocupan dia y noche, y ellos dirán á V. hasta qué punto es apasionado el amor que le profeso... desde que la ví, quedé fascinado, y despierto ó soñando, está V. siempre, á todas horas, delante de mis ojos: no vivo mas que para esperar á usted en los sitios por donde sé que pasa, y ver al menos un pliegue de su vestido entre los árboles: yo vivo en la aldea, y pocas personas hay que no sepan ya la pasion que me domina y de la que es V. objeto... pero ¿qué nos puede importar ni á V., ni á mí, de estos palurdos? ¡Ah! solo quiero para mí la gloria de sacar á V. de este rincon del mundo, y llevarla donde sus gracias y su hermosura deslumbren á todos: dígame V. que corresponde á mi amor, y al instante hablaré de nuestro próximo casamiento á mi madre: no dudo que al principio se enojará mucho: pero ya se le pasará, si es cierto que me quiere tanto como dice: y si no, ¿ella no se casó á su gusto? Dicen que amaba á mi padre entrañablemente; para esto debia estar enamorada de él, y no le debe estrañar que yo lo esté tambien ahora.

Por lo que toca á la condesa y á su hija, nada me importa su parecer: ellas serán las que mas griten; pero ya se cansarán. Clara créa valer tanto, que tal vez tomará el asunto con la mayor filosofia.

Pero dejémonos de pensar en los demás, para pensar solo en nosotros mismos: Valentina, si usted quiere, será la marquesa de Montemar, tendrá ricos trajes, que en vez de embellecer á usted, serán ellos los embellecidos por sus gracias: tendrá V. carruajes y una nube de servidores que obedecerán hasta sus miradas: tendrá usted casas de campo, joyas y mucho mas de lo que pueda desear: una palabra, una sola palabra, y desde mañana todos mis esfuerzos se di-

8 DE OCTUBRE DE 1864.

rigirán á lograr que se verifique nuestro matrimonio.

¿Por qué se oculta V. á mis ojos hace dos dias? ¿por qué no ha querido ir á la fuente? ¿por qué no me ha mirado en la iglesia? ¿qué he hecho para ser tratado con tanto rigor? ¡Oh, Valentina! ¡me es imposible vivir así por mas tiempo! ¡la vida me pesa, y huiré de este pais ó me la quitaré, si V. insiste en sus rigores!

No piense V. en lo que dirán, y esta tarde acuda á la pequeña alameda de la fuente, donde espero oír de sus lábios la dulce palabra que asegure que me ama: ¡oh, si no la encontrase, me desesperaria!

Despues de ver á V., diré á mi madre que cesen los preparativos para mi boda con Clara: sí, tendré fortaleza bastante para decirle que no es á ella á quien amo, y que no quiero unir mi suerte á la suya.

Adios, Valentina, ó mas bien, hasta luego: dentro de dos horas, estaré en la alameda; ¡oh, qué largo vá á hacerseme el tiempo! ¡cuánto deseo volver á ver sus hermosos ojos y su dulce sonrisa! ¡no engañe V., por Dios, mi esperanza!

CÉSAR.

XXX.

MME. HONORIA Á MÉLIDA.

*Madrid, setiembre de 18...*

Su carta de V., querida hija mia, me ha puesto en una cruel perplejidad: amo á Clara como si fuera mi propia hija, como la amo á usted y de la misma manera que quiero á Valentina: su suerte es para mí del mayor interés; y veo que la desgracia despliega sus negras alas sobre las tres cabezas, bellas y juveniles, que tantas veces he acariciado.

Su afliccion al escribirme, mi querida niña, le ha hecho desconocerse á sí misma. ¡V., delatora de su amiga y de ese jóven mal aconsejado! ¡jamás! Mérida, hay dos cosas á las que debemos sacrificar nuestros mas caros intereses: nuestra fé de cristianas y nuestra dignidad.

Clara no será engañada villanamente. ¡No! Dios es demasiado bueno y justo para permitirlo: esa boda no llegará á verificarse: pero si se la viese tan cercana que pareciese inevitable, no es á V. á quien conviene desengañar á su hermana y á su madre acerca del poco valor moral del hijo de la Mariscala: la voz severa de la razon, la oirán de mí, y, sin culpar á nadie, sabré alarmar el amor maternal y la dignidad de Clara.

Ahora podrá V. decirme que el rompimiento de esta boda es una desgracia para su her-

mana: ¡no, hija mia! la verdadera desgracia, la desgracia irremediable, cruel, sin consuelo, es la de unirse á un hombre indigno, y ese jóven lo es, puesto que, decidido á casarse con Clara, persigue, galantea, y perjudica á la honra y al buen nombre de otra mujer.

Locura es decir que el hombre no pierde nunca: á pesar de este axioma que el mundo acepta y el egoismo varonil aplaude, no se case usted, hija mia, con un hombre sin pudor.

Las mismas condiciones de delicadeza y decoro debe haber en el hombre que en la mujer: todavía no nos han dicho los anatómicos que el corazon que alienta en el pecho del hombre sea formado de otra manera que el nuestro: luego la bondad de los sentimientos debe ser la misma; y es un error lamentable el conceder al sexo fuerte por excelencia la libertad de las acciones ruines.

Clara se casará con otro; á una jóven bella y honrada jamás le falta esposo, si reúne además las excelentes cualidades de esa noble niña: si no se casa, será de todos modos mas dichosa que siendo la esposa de ese hombre que no la sabe estimar, ni la ama.

En cuanto á Valentina, yo no la culparia si pudiese persuadirme de que amaba á César: pero ella no ama á nadie: esa criatura es un conjunto de egoismo y de vanidad: su educacion excelente ha despertado solo lo que debia destruir: su afan de lujo, y su ambicion desmesurada: no tengo la menor duda en que habrá estado coqueta con César, y en que habrá provocado sus declaraciones; pero llevará en la misma culpa su castigo, porque Dios lo ha dispuesto así: si se casa, su enlace será muy desgraciado, porque los dos tienen los mismos defectos, y no habrá ni amor ni talento para disimularlos.

Solo habrá de una parte la altivez y de otra la astucia: en ella, el defecto culminante será el afan de dominar: es decir, el mas odioso que puede ostentar una mujer.

Valentina tiene poco talento, y solo en ella he reconocido siempre extraordinarias facultades para la intriga; pero desconoce todos esos pequeños y encantadores artificios indispensables para la vida doméstica y que V. sabrá emplear tambien.

Se casa, sin educarse para esa vida: y lo que es mas triste, se casa sin amor: y lo que es cierto y terrible, sin saber ni querer educarse por sí misma para aprender á ser dichosa.

Mérida, para el dia en que V. se case, no olvide este consejo.

El talento de la mujer consiste en mandar, y aparentar que obedece: pero en mandar bien, y en disponer lo mas grato y mas útil para su familia.

En nada se parecen los deberes de una jóven soltera á los deberes de una casada.

La primera solo necesita sumision.

La segunda ha de tomar directa ó indirectamente la iniciativa en todo.

La primera solo necesita ser la alegria de la casa.

La segunda debe ser además el ángel del hogar.

La una debe ser humilde.

La otra necesita, ante todo, ser digna.

Aquella no es responsable de nada.

Sobre esta pesan el reposo, la paz y el bienestar de toda una familia.

Y estos rudos deberes los tiene lo mismo la opulenta dama que la sencilla campesina: cuanto mas crecida sea la fortuna, existen mas cuidados y una mayor responsabilidad.

El ser gran señora, hija mia, trae consigo un enorme peso para la que nunca lo ha sido, y es el saber serlo.

Ahora bien: ¿qué hará Valentina en ese gran mundo, sin un esposo que la guie, porque él mismo necesita ser guiado?

Servir de objeto de burla á tantos desalmados como se pasean por los salones.

Mortificar la vanidad de su marido, avergonzarle á cada paso, y por fin, hacerse odiosa á sus ojos.

Es cierto que es muy bella: pero la hermosura es una flor delicada que se agosta muy en breve! Solo las gracias del ingenio y la hermosura del alma son las que sobreviven á las injurias del tiempo.

Créame V., querida Mélida: en este triste asunto la mas desgraciada es Valentina, y si me escribe dándome parte de sus sueños de vanidad, así se lo diré, con la franqueza que debo usar con ella.

¿Y V., mi querida Mélida, nada me dice de sí misma? ¿buena y generosa como siempre solo para los demás! ¿ha vuelto Juan Bautista? ¿está mejor? ¿qué sucede? Dígamelo V., pues desde esta tranquila casa y en medio de mis niñas, sigo con el corazon palpitante todas las peripecias del drama que se desarrolla lento, pero terrible, en esa risueña aldea y bajo los dorados techos del castillo de Montemar! Quiera Dios que esas tres jóvenes y bellas cabezas salgan ilesas de la deshecha tormenta, como lo pide á Dios todos los dias

HONORIA.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINVÉS DE MARCO.

## EL AMOR DE LA FAMILIA.

—  
Á MI MADRE.

I.

Nace el inocente niño  
Entre halagos y caricias  
Cual dulce nudo que estrecha  
El lazo de la familia,  
Y ya es amor de su madre,  
Ya es del hogar flor bendita  
Que el cielo concede al mundo  
Como risueña primicia.  
Su madre le estrecha al pecho  
Con inefable alegría,  
Y ya no hay dolor que tema  
En medio de tanta dicha.

Cuando se fijan sus ojos  
En la apacible carita  
L'el ángel que á la luz abre  
Sus inocentes pupilas,  
Todos sus males se borran:  
Todas sus penas se olvidan.

II.

Ya creció el niño: su rostro  
Lleno de gracia infinita  
Dice el candor é inocencia  
Que en su alma tierna se anidan.  
Cada tarde con su madre  
Entra en la iglesia vecina,  
Y reza, puesto de hinojos,  
Entrambas manos unidas.  
¿Qué dice? Mas escuchemos:  
De su boca coralina  
Se escapan puros acentos.  
—¡Oh, dulce Virgen María!  
¡Dá larga vida á mi madre!  
Dá á mi padre larga vida  
Y pide á Dios que no cambie  
En nuestra casa tranquila  
Ni las horas de trabajo  
Ni las horas de alegría!  
Conserve su paz el alma,  
¡Oh, protectora divina!  
Y no desates el lazo  
Del amor de la familia!—

III.

¡Llega al cielo la plegaria  
Que el inocente le envía?  
Dudarlo seria impío  
Porque la oracion bendita  
Que una buena madre enseña  
Es nube de incienso y mirra  
Que rápida al cielo sube  
Con su fragancia esquisita.

¡Bendita sea la madre  
 Que en su amorosa vigilia  
 Dé también vida del alma  
 Al hijo á quien dió la vida!  
 Bendito el amor materno  
 Que ni aun en la tumba fría  
 Y en las nieblas de la muerte  
 Sus caros hijos olvida!  
 Bendito porque él tan solo  
 Adivina nuestra risa,  
 Y traduce en las miradas  
 Nuestra pena y nuestra dicha!  
 Bendito porque una madre  
 Es en esta triste vida  
*Angel bueno del Hogar*  
 Y encanto de su familia!

JUAN GONZALEZ Y GONZALEZ.

## DEBERES DE LA MUJER.

(Continuacion).

La mujer, ultrajada por el hombre.—Los escritores y sus escritos sobre el bello sexo.—Un ejemplo.—Hermosuras graves y hermosuras alegres.—Pequeñeces grandes.—Legisladores y moralistas.—Una observacion.—Al borde del abismo.

### I.

Ninguna de mis lectoras ignora el triste suceso acaecido á la sombra de un árbol en medio del Paraiso, á los pocos dias de haber sido hecho el mundo.

Escusado es, pues, repetir aquí lo que todo el mundo sabe. Eva curiosa, la serpiente maligna, Adán cándido como un pollo de primer vuelo.... ¿qué habia de suceder? La felicidad del mundo se vino abajo como un castillo de naipes al soplo del Ser Supremo.

Desde aquel dia fatál, el mundo no ha cesado de hacer responsable de sus desgracias á la mujer. Cuanto en el mundo sucede verdaderamente lamentable, culpa es de la mujer y de nadie mas que de ella. Lo dicen los hombres, y como el hombre es el rey de la creacion, hay que creerle por su palabra. Esta es, ni mas ni menos, la historia del martirio moral de la mas bella mitad del género humano.

Todos los escritores se han ocupado de la mujer, ya para ensalzarla, ya para rebajarla. Diderot, Buffon, Rousseau, Montaigne, Fenelon, Mirabeau, Voltaire, Jerónimo de Huerta, Bustamante, Karr, Catalina, han ocupado á las prensas y á la fama, ora diciendo que la mujer es un monstruo, ora asegurando que es un ángel.

Esto, en cuanto á lo que se refiere á la mujer en sus relaciones consigo misma; que en

cuanto á la mujer en sus relaciones con la sociedad, fuerza es decirlo, se ha dicho muy poco.

Todos saben que la mujer tiene deberes que cumplir con respecto al hombre; pero nadie ha dado en el verdadero *quid* de estos deberes. Mas claro todavía; hay deberes que no están consignados ni en la moral, ni en la filosofia, ni en la ley, ni siquiera en el teatro.

¿Será preciso decirlo de una vez? A la mujer no se le ha enseñado á ser mujer. Se le ha enseñado á ser hija, á ser esposa, á ser madre, y no se ha procurado que su dignidad fuera el escudo que pudiera oponer al arma punzante de la maledicencia.

Y ahora, señoras mías, dirán ustedes que no lo entienden. Sirvan algunos ejemplos para mejor inteligencia.

### II.

Comparado un cuadro de Bartolomé Murillo con una bambochada de David Théniers, el mas topo de los concurrentes al Museo del Prado echará de ver que en un lienzo de Théniers todas las muchachas tienen la cara alegre y el gesto provocador, y en un lienzo de Murillo, la mujer tiene una hermosura que se puede llamar sin reparo *hermosura grave*.

Ahora bien, suponiendo que la calle sea un gran cuadro donde andan mezcladas las hermosuras *graves* y las *alegres*, el transeunte puede hacer la misma comparacion que pudo hacer en el Museo; y dígame ahora la mas indiferente de las lectoras, ¿es dudosa la eleccion entre la muchacha que, al ponerse de muestra en el gran escaparate de la corte, da pruebas de ese *SANS FAÇON* que en buen castellano llaman algunos tontería, y la mujer que, sin hacer alarde de una gravedad estremada, revela en su semblante la severidad agradable de la hermosura que refleja las mas veces la virtud y el carácter digno, mortal enemigo de la ridiculez? Yo de mí sé decir que si al doblar una esquina me encuentro frente á frente de dos tipos cual los que acabo de mencionar, á la vez que con la muchacha de una hermosura *accesible* llevaré mi osadía hasta decirle cuatro ó cinco chicleos, con la otra llevaré mi respeto hasta mirarla con *idem*, y mi admiracion hasta el estremo de desear una mirada suya en cambio de las cien que la *accesible* pudiera regalarme.

Se dirá que esta es una pequeñez; pero ¡ay! que muchas pequeñeces hacen algo grande, y la despreocupacion de la mujer, en llegando á ser grande, parece siempre mayor que la del hombre, por grande que esta sea.

Hay, pues, ciertos detalles, ciertos perfiles, ciertas pequeñeces, en las cuales nadie repara á pesar de que todo el mundo repara en ellas; y

si ha habido un poeta que ha escrito *El arte de amar* y un chusco que quiso escribir un *arte de andar por la calle*, no estuviera de más un libro, (por ejemplo, este,) que pudiera llamarse *Arte de hacerse apreciar de los hombres, para uso de las señoras mujeres*.

### III.

Los deberes de la mujer amada, para con el hombre que la ama, son tan importantes, acaso mas, que los del hombre amante, para con la mujer amada.

A estos deberes se referian las primeras líneas del presente artículo. Los legisladores y los moralistas se han ocupado con algun detenimiento de los deberes de la mujer casada, y no han fijado su atencion en la mujer soltera.

Es verdad que los moralistas y los legisladores suelen ser personas de formalidad reconocida, y como, segun parece, la formalidad está reñida con la juventud, no han podido fijarse en ciertas y ciertas cosas en que la juventud se fija. Además, no es lo mismo ser amante, que ser legislador, y es muy diferente, por ejemplo, la manera de observar de un celoso jóven, que la de un moralista viejo.

A no haber sucedido lo dicho, indudablemente los que tantas veladas han dedicado al estudio de la bella mitad del género humano hubieran comenzado sus observaciones de este modo. La mujer casada ha tenido que ser antes soltera. Si siendo soltera obraba de este ó el otro modo, ¿qué debe esperar su marido despues de llevarla al altar para darle la mano? ¿Se cambia de carácter de golpe y porrazo? No. Luego antes de ocuparnos de la mujer unida para siempre al hombre, estudiémosla cuando trata de hacer suyo al hombre mismo.

De fijo que despues de pensar así, hubieran dicho algo bueno y acaso la mujer no hubiera sido víctima de tantas y tantas burlas y de tantos y tantos dieterios por parte del hombre. Pero es preciso decir, al fin y al cabo, que esos deberes no han sido fijados mas que por algun amante escrupuloso, por alguna mamá cuidadosa, por alguna amiga de *manga estrecha*, ó por algun caballero particular, amigo de esta ó la otra familia.

Es decir, que la mujer continúa haciendo de las suyas, y el hombre continúa precipitándose en el gran abismo del matrimonio. El fondo de este abismo suele ser para unos horrible antro de males, y para otros florido jardín donde aspiran aroma de dulces placeres. Veamos si desde la orilla podemos ver en el fondo, valiéndonos de las congeturas que naturalmente se nos ocur-

ran al contemplar esta ó la otra mujer entre los millares de ellas que andan por esas calles.

(Se continuará.)

EUSEBIO BLASCO.

### UNA ARTISTA.

—Pero, mi pobre Dorotea, ¿qué haceis? ¿Por qué recojeis esas flores, que no tienen ya ni perfume ni color?

Estas palabras iban dirigidas por una graciosísima jóven, casi niña todavía, á una doncella de edad madura y de un rostro bondadoso, y que indicaba discrecion. Encontrábanse las dos en una encantadora estufa, que formaba la última habitacion de un bonito departamento de la avenida de Montaigne; flores de todos paises se abrian alrededor de ellas, los brezos, los cactus, las camelias, las mimosas, la variada familia de las crucíferas y las labiadas, pasando del púrpura oscuro al rosa mas pálido, ocupaban esas gradas de espléndidos colores y embriagadores perfumes; el helitropo salvaje y la pasionaria trepaban por las paredes; rústicas lámparas, colgadas del techo de vidrio, estaban cubiertas de ramos y flores; una concha, que parecia escavada en la roca, contenia plantas acuáticas, y encantaba el oido con el suave murmullo de las perlas líquidas, que se elevaban y volvian á caer sin interrupcion; en el fondo de la estufa una elegante pajarera encerraba bellísimos pájaros de las Indias, que recordaban su patria en aquel aire tibio y perfumado y entre tan brillantes flores. Eugenia iba de sus pájaros á sus flores, y gozaba con aquellas bellezas de otro clima que la fortuna habia reunido en su derredor. Especialmente las plantas eran las que atraian su atencion y sus cuidados: habia cogido unas tijeras, y cortaba con esmero las hojas amarillentas, y las flores marchitas que afeaban los arbustos; mas, á medida que caian al suelo, las recogia Dorotea cuidadosamente, y las metia en una cestita. Eugenia lo vió, y por eso le dirigió la anterior pregunta. La doncella dudó un instante, y al fin le dijo:

—Señorita, esas flores, que arrojais, causarán placer á alguno.

—¿A quién?

—¿No conoce la señorita á las personas que viven en el quinto piso?

—No, Dorotea; sabeis que jamás he subido á él.

—Pues bien, señorita; son muy buenas gentes, honradas, laboriosas, pero pobres; ¡oh! ¡po-

bres!... creo que son alemanes; el padre es grabador en metales; pero siempre está enfermo, no gana casi nada... Además, no es conocido; nadie viene á buscarle á su quinto piso... Sus hijos son tambien artistas: su hijo, Federico, pinta retratos grandes, cuadros como los que están en el gabinete del señor: la hija, la señorita Ida, pinta flores...

—¿Y vos le recogeis modelos? ¡oh! mi pobre Dorotea, ¿por qué no lo decíais?

—¡Toma! señorita Eugenia, no me atrevia... Es verdad, todas las mañanas recojo las flores marchitas de la estufa y de los tiestos, se las llevo á la señorita Ida: las estudia, las copia, las arregla en ramilletes, guirnaldas... ¡Ah! tiene mucho talento...

—¿Pero gana algo?

—No, todavía no; ella y su hermano no hacen mas que estudiar; dicen que todavía no saben bastante para atreverse á presentar sus obras á los compradores... ¡Son tan modestos y laboriosos esos niños! Y amantes de su pobre padre...

Mientras Dorotea hablaba, Eugenia habia cogido la cestita y echado en ella una porcion de flores cogidas de todos los tiestos de la estufa. Era un grupo encantador, que hubiera escitado el genio de un pintor de gusto.

—Tomad, dijo la jóven; llevad la cesta á la señorita Ida; decidle que mañana le enviaré albums, modelos, y una coleccion de bonitas rosas pintadas. Somos hermanas, porque ya sabeis, Dorotea, que mi tío quiere que aprenda yo á pintar flores. Haré partícipe á Ida de todas mis riquezas de arte; sin duda adelantará mas que yo.

—¿Y no dirán nada la señora y vuestro señor tío?

—¿Acaso dice algo mamá, cuando se trata de hacer un favor? ¿Se opone mi tío á lo que hacemos mamá y yo?

Y diciendo estas palabras, se encogió de hombros con suma coquetería, y Dorotea, cogiendo la cesta, se fué muy alegre.

Estas dulces relaciones, entabladas por una delicada compasion y una discreta simpatía, continuaron, y Eugenia añadió al mérito de sus atenciones para con los pobres artistas, el mérito mas raro de la perseverancia. Las flores mas bellas, las frutas, los dibujos, las obras de arte, todo lo que la riqueza colocaba en sus manos, lo prodigaba á su vez á su protegida; mucho podía hacer, porque, huérfana de padre, era la hija adoptiva, la heredera designada de uno de los mas opulentos propietarios de Paris: su tío, monsieur de Saint Dizier, no tenia otras afeciones en la tierra que Eugenia y su madre; pero ambas, sencillas y generosas en medio de la fortuna, no usaban de su influencia en el ánimo

del anciano mas que en favor de los desgraciados; y merced á estos amables abogados, Mr. de Saint Dizier, que no se ocupaba para nada de los pobres, era conocido, venerado por mas de una familia indigente, y él mismo ignoraba las bendiciones de que su nombre era objeto.

Eugenia hubiera querido prodigar mayores beneficios al grabador alemán y á sus hijos; pero sus deseos benéficos se estrellaron contra una invencible altivez. En vano combinó los mas ingeniosos medios, en vano usó de toda la diplomacia que podria ofrecer el genio fecundo de Dorotea: rehusáronle su oro, le fueron devueltos sus regalos; los pobres y orgullosos artistas no aceptaban mas que las flores del jardín y de la estufa, ó, á título de préstamo, algunas obras de arte y algunos libros preciosos. Ida, en sus escasas visitas, le daba muestras de una tímida amistad; pero jamás Eugenia pudo adquirir confianza para ofrecerle libremente sus servicios.

Estos obstáculos no pudieron, sin embargo, enfriar su celo; además, en aquel momento acudía á los manantiales perennes del amor y la tierna caridad; se disponía á hacer su primera comunión. La víspera de aquel gran día, envió á sus vecinos un encantador canastillo lleno de frutas y flores; en medio de ramitos de rosas se encontraba una bonita *Imitacion de Cristo*, con estas palabras: *Eugenia de Saint Dizier, á su amiga Ida Kænig*; y este libro, consejo de los seres dichosos, consuelo de los afligidos, no fué rehusado.

## II.

Han pasado diez años. Eugenia y su madre no habitan ya en la avenida de Montaigne, ni en el suntuoso palacio donde han visto pasar tan hermosos días; la fortuna y sus promesas han huido; pero en el fondo de sus corazones la mútua ternura y la confianza en Dios han quedado como inmutables tesoros.

Habiéndose vuelto receloso é irritable, á consecuencia de una cruel enfermedad, Mr. de Saint Dizier no habia podido perdonar á su hermana una ligera oposicion á su voluntad, y poco tiempo antes de su muerte la habia desheredado, legando sus inmensos bienes á parientes lejanos. La señora de Saint Dizier no se quejó; abandonó con una altiva tranquilidad aquella vasta herencia que le estaba prometida, y se retiró á Passy con su hija; les quedaba una renta de dos mil francos, y vivieron en una estrecha medianía, olvidadas del mundo, olvidándole tambien, y echando de menos de la opulencia, únicamente la facultad que les proporcionaba de hacer el bien. Eugenia quiso contribuir á ganar su subsistencia con su trabajo; dedicóse con ardor á sus estudios, y sus habilidades, que habian sido el

adorno de sus días prósperos, llegaron á ser sus esperanzas y su porvenir. Se habia ocupado mucho de la pintura; y volvió á emprender sus tareas, las prosiguió con perseverancia, y después de dos años de constantes trabajos acabó un cuadro, que fué admitido en la Esposicion. Habia trabajado en él con un fervor entusiasta; mas en cuanto lo acabó, no sintió mas que ese amargo decaimiento del artista, que tiene el sentimiento de lo verdadero y de lo bello, y que no puede realizar la idea creada por su imaginacion; que corre tras imágenes encantadoras, que no puede fijar en el lienzo; que experimenta en su alma emociones, que no sabe expresar. El estímulo del jurado fué impotente para animar su espíritu, y contrapesar la severidad del juicio que ella hacia de su talento; sin embargo, quiso volver á ver su cuadro en el gran día de la Esposicion, colocado entre los maestros, y fué con su madre al salón.

(Traduccion).

(Se continuará).

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

## MODAS.

Hay algo de modesto, y de graciosamente humilde, de suave y de poético, en la sencillez del traje de una jóven: cierto pudor misterioso, distante de la insolente ostentacion, y que interesa, porque no hiere; que encanta, porque hace bien al alma é inspira pensamientos buenos y dulces.

Cuando vemos á una señorita cargada de encajes, brillantes y preseas, no podemos menos de preguntarnos, que será lo que pueda regalarle su marido el día que lo tenga, ni si lo tendrá la que así se presenta, mal aconsejada tal vez de quien no la quiere bien.

Estando saciada de todo, ¿qué podrá apetecer, ó qué podrá hacerla dichosa? ¿No es muy fácil que se vicie una imaginacion que nada tiene que desear? ¿y no es verosímil que sea víctima del hastío, la que vé satisfechos todos sus caprichos?

Pero si es encantadora la sencillez, no debe descuidarse el buen gusto en lo que toca á hechuras: condenamos las telas excesivamente caras, los adornos recargados, el abuso de los encajes; pero no transigimos de ningun modo con la falta de gracia y de elegancia.

Ved, pues, en las lindas confecciones que va-

mos á describiros, combinados ambos extremos, según nuestra opinion, y que nace de entrambos, como una hada rosada y bella, la coquetería que dice en la mujer:—«Yo valgo mucho por mí misma y desdeño acudir á suntuosidades que deslumbran y me arruinan.»—

Es lo mas lindo para señora casada, un traje de popelina gris-perla, con casaca *bretona*, que descende en largos faldones por detrás, recta en el pecho, y abierta para dejar ver un chaleco blanco, y una corbata de batista guarnecida de un pequeño Valenciennes: esta casaca lleva en los costados grandes bolsillos.

Falda y casaca están adornadas con una banda de tafetan grosella, de 25 centímetros, encuadrada en dos terciopelitos negros: en medio de la banda de tafetan, vá cosida una guirnalda de rosas y follaje de Chantilly negro: en cada paño sube la banda, formando tres *lonsanges*; en el centro de cada uno vá colocado un ramito de Chantilly.

Para señorita, es lindísimo un traje de popelina gris-rosa, con una casaca al estilo Luis XV, guarnecido de un galon tejido en cachemira de colores vivos, de seis centímetros de ancho, cuyo adorno está llamado á hacer un importante papel en el próximo invierno.

Este galon describe en la falda dibujos fantásticos de una extrema elegancia, en los que es el todo el gusto de la persona que lo adorna: los botones de la casaca son de cachemira, en consonancia con el galon.

Para señora de alguna edad, es precioso un traje de seda de Pekin negra, con pequeñas rayas color de oro: cuerpo imperio, de talle redondo, con cinturon ancho, abrochado por una hebilla de estilo bizantino, de oro y esmalte negro.

El borde de la falda está recortado en grandes ondas, orilladas de cinta listada de negro y oro: las mangas son muy estrechas y abrochadas desde el codo hasta el puño por botones esmaltados de negro.

Para señorita muy jóven, y para recien casada, es del gusto mas distinguido un vestido de glasé blanco, recortado en ondas el borde de la falda, y estas guarnecidas de tres pequeños *falbalás* azules, orillados con galon blanco: el cuerpo es alto por detrás y un poco escotado en cuadro por delante: cinturon ancho, azul, cerrado con hebilla de nácar, y descendente en largos cabos por ambos costados: mangas ajustadas, cuyas hombreras están formadas por tres *falbalás* azules.

Hablemos hoy un poco de lencería, parte del equipo femenino muy importante, y que dá una clave segura para distinguir la mujer delicada de la vulgar.

No hay ninguna verdaderamente elegante, que no arregle un poco sus cabellos al levantarse.

tarse, cubriéndolos con un gorrito ó toquilla de una forma graciosa: os recomiendo para este objeto una gorra redecilla, muy caida por detrás, de tul, y adornada por delante con dos encañonados estrechos del mismo tul, y un lazo de cinta lila ó paja, pues no hay nada de tan pésimo gusto como los colores fuertes en las gorras de levantarse.

Es igualmente linda una toquilla de tul, redonda por detrás, y cruzada por algunos pequeños entredoses de encage negro: otro encagito negro guarnece los bordes.

Un peinador muy ancho y largo de nansouk blanco, guarnecido de un volante festoneado, con manga estrecha y cuello vuelto, es de un gusto y sencillez irreprochables para llevarlo al levantarse con cualquiera de las dos gorras anteriores: para evitar colores, se ceñirá al talle con una ancha banda festoneada.

Las enaguas se hacen con dos volantitos encañonados, con un ancho jareton superado por una guirnalda bordada á realce y con tres ó cinco entredoses, separados por jaretas muy pequeñas.

Nos resta hablar del pañuelo, de esa coqueta prenda que tantos servicios presta á la mujer: porque ¿no es un servicio el simular que se oculta con el pañuelo una sonrisa para hacerla notar mejor?

¿No es un servicio el enjugar algunas lágrimas vertidas ó no vertidas, para conquistar del padre, del esposo ó del hermano un traje bonito por mas que sea innecesario?

Llevad el pañuelo sencillo, pero adecuado al traje y á la hora: y, sobre todo, perfumadlo, porque los perfumes tienen la mision de hablar al corazon y de trasladar al mundo de los recuerdos.

Los perfumes de moda son los llamados *Mundo elegante*, y *agua ambarada*: pero yo os daré un consejo: elegid un perfume de buen gusto y usadlo siempre: de esta suerte nunca estareis ausentes de las personas amadas: al aspirar vuestro aroma predilecto, vendreis entre las nubes del recuerdo á colocaros ante ellas: puesto que la mujer necesita ser amada, no descuidemos ningun medio de conseguir esta suprema dicha.

PAMELA.

## LABORES.

El lindo objeto que presentamos á nuestras suscriptoras, es uno de esos que embellecen y hacen agradable, el *boudoir* ó gabinete de una mujer elegante y distinguida.

Consiste en una pequeña jardinera, cubierta de tapicería y armada en bambú, de un modo tan ligero como gracioso: pensamos dedicar un cuidado especial á la seccion de labores, y creemos que esta será del agrado de nuestras favorecedoras.

Su coste es en extremo módico: los materiales que entran en su ejecucion cuestan 28 reales; el pie de bambú 48, total 76.

Los pequeños muebles en bambú disfrutan en la actualidad la preferencia de la moda, y este nos ha parecido en extremo bonito: no hay ningun gabinete elegante en Paris, donde no ocupe el primer lugar uno de estos mueblecitos tan caprichosos y tan encantadores.

Los materiales para ejecutar esta jardinera son los siguientes: 20 centímetros de cañamazo del núm. 28: 8 madegitas de lana negra alemana: la misma cantidad de lana, azul oscuro: 16 gramos de seda de Argel, blanca: 4 madegitas de seda de China rosa, dos de cada matiz: 4 madegitas de lana verde, dos de cada matiz: 8 gramos de cordon de Berlin, color maiz.

Puede hacerse la armadura en casa, pues es muy fácil comprando el bambú preparado, y uniendo los palitos por medio de alambres forrados de seda oscura: terminado el armazon, se manda forrar el interior con una hoja de zinc ó de hojadelata: despues se llena de tierra, y se colocan las plantas ó flores: los lados de la jardinera se cubren con la tapicería cuyo modelo damos, asi como la esplicacion de los signos y de los colores para su ejecucion: esta tapicería se borda sobre una banda de cañamazo, y se cose á los bambús, reuniendo las estremidades por medio de costuras disimuladas debajo de la armadura.

El cordon maiz rodea toda la jardinera colocado al pié de los cuadros, y junto á la pequeña cenefa en negro, que termina la tapicería.

Concluida la jardinera, se coloca sobre un velador.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.